

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Juan Pablo II

Carta

SEMANA SANTA 2005

**A los sacerdotes
con ocasión del Jueves Santo 2005**

13 de marzo de 2005

Queridos sacerdotes:

1. En el Año de la Eucaristía, me es particularmente grato el anual encuentro espiritual con vosotros con ocasión del Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado «*hasta el extremo*» (Jn 13,1), día de la Eucaristía, día de nuestro sacerdocio.

Os envío mi mensaje desde el hospital, donde estoy algún tiempo con tratamiento médico y ejercicios de rehabilitación, enfermo entre los enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo. Con este espíritu deseo reflexionar con vosotros sobre algunos aspectos de nuestra espiritualidad sacerdotal.

Lo haré dejándome guiar por las palabras de la institución de la Eucaristía, las que pronunciamos cada día *in persona Christi*, para hacer presente sobre nuestros altares el sacrificio realizado de una vez por todas en el Calvario. De ellas surgen indicaciones iluminadoras para la espiritualidad sacerdotal: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, “forma eucarística”. Por tanto, las palabras de la institución de la Eucaristía no deben ser para nosotros únicamente una fórmula consagratoria, sino también una “fórmula de vida”

vez a un legítimo margen de libertad, cuando se trata de su adhesión a las disposiciones de los obispos, el sacerdote pone en práctica en su propia carne aquel «*tomad y comed*», con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

Una existencia "salvada" para salvar

4. «*Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur*». El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre, de *todo* el hombre y de *todos* los hombres. Es una salvación *integral* y al mismo tiempo *universal*, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder salvador de la sangre de Cristo: «*qui pro vobis et pro multis effundetur*». Se trata de un sacrificio ofrecido por «*muchos*», como dice el texto bíblico (Mc 14,24; Mt 26,28; cf. Is 53,11-12), con una expresión típicamente semítica, que indica la multitud a la que llega la salvación lograda por el único Cristo y, al mismo tiempo, la *totalidad de los seres humanos* a los que ha sido ofrecida: es sangre «*derramada por vosotros y por todos*», como explicitan acertadamente algunas traducciones. En efecto, la carne de Cristo se da «*para la vida del mundo*» (Jn 6,51; cf. 1Jn 2,2).

Cuando repetimos en el recogimiento silencioso de la asamblea litúrgica las palabras venerables de Cristo, nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Pero ¿cómo serlo eficazmente sin sentirnos salvados nosotros mismos? Somos los primeros a quienes llega en lo más íntimo la gracia que, superando nuestras fragilidades, nos hace clamar «*Abba, Padre*» con la confianza propia de los hijos (cf. Ga 4,6; Rm 8,15). Y esto nos compromete a progresar en el camino de perfección. En efecto, la *santidad* es la expresión plena de la *salvación*. Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer a *todos* la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el *ardor misionero*, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «*todo a todos, para ganar; sea como sea, a algunos*» (1Co 9,22).

Una existencia que "recuerda"

5. «*Hoc facite in meam commemorationem*». Estas palabras de Jesús nos han llegado, tanto a través de Lucas (22,19) como de Pablo (1Co 11,24). El contenido en el que fueron pronunciadas —bien que

Nosotros, sacerdotes, somos los *celebrantes*, pero también los custodios de este sacro Santo Misterio. De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición "sagrada" de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de celebrar. ¡Acudamos para ello a la escuela de los Santos! El Año de la Eucaristía nos invita a fijarnos en los Santos que con mayor vigor han manifestado la devoción a la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). En esto, muchos sacerdotes beatificados y canonizados han dado un testimonio ejemplar, suscitando fervor en los fieles que participaban en sus Misas. Muchos se han distinguido por la prolongada adoración eucarística. Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras "soledades" para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

Una existencia orientada a Cristo

7. «*Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias*». Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos *en espera de su venida*. En la espiritualidad sacerdotal, esta tensión se ha de vivir *en la forma propia de la caridad pastoral* que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alimentar su esperanza. Ésta es una tarea que exige del sacerdote una actitud interior similar a la que el apóstol Pablo vivió en sí mismo: «*Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta*» (Flp 3,13-14). El sacerdote es alguien que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como "contagiándola" a las personas que encuentra en su camino. Su secreto reside en la "pasión" que tiene por Cristo. Como decía san Pablo: «*Para mí la vida es Cristo*» (Flp 1,21).

Sobre todo en el contexto de la nueva evangelización, la gente tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de «*ver*» en ellos a Cristo (cf. Jn 12,21). Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio.